



laces palabras, y se ve manifestamente lo que hay en el fondo de este racionalismo pensador, moralista, eternamente locuaz.

¿Se quiere saber cuál era el resultado de estos bellos y dulces preceptos de benévola administración, de gobierno paternal, de amor de los pueblos? Recuérdese la larga serie de bárbaras ó innobles tiranías que sucesivamente han pasado ante nuestra vista. ¿Se quiere saber cómo se aprovechaban los príncipes, los sabios y el pueblo de estas admirables disertaciones sobre la templanza y la virtud? «Las mujeres, dice un letrado, se contaban por miles en los serrillos de los emperadores, por cientos en los palacios de los grandes.» Á través del gran naufragio de las ideas religiosas, la moral, tan dogmáticamente triunfante en los libros, no tenía otra aplicación.

Vicios y crueldades, estos dos caracteres

difaman la China, lo mismo que todo otro poder humano. La proscripción de los libros es ciertamente una excepción en la historia de estos filósofos materialistas; pero las infamias y las proscripciones de sangre se renuevan perpetuamente.

La China, fría, estudiosa si se quiere, en todo caso profunda y bajamente corrompida, no puede desmentir al sistema general de degradación que refleja el mundo antiguo. La falta es tanto más grande para ella, cuanto que no tiene excusa en haberse dejado arrastrar por las pasiones, ni en la irresistible fogosidad de su imaginación. ¿Qué la sucede? Se fija en lo falso, y cuando la luz brilla para los pueblos culpables, pero penitentes, del Occidente, esta vieja raza, que ninguna sangre de mártir resucita ni vivifica, se contenta con cambiar de error.

### CAPÍTULO IX

Japon.—Ni-Pon.—Carácteres del Japon.—Primeras relaciones con la China.—Religion del Japon.—Tradiciones primitivas.

Al Oriente de la China y no léjos de sus costas hállase, en el Occéano Pacífico, un grupo de islas, cuyo saludable clima, ricas producciones y agradable temperatura hacen creer que debieron ser habitadas desde la más remota antigüedad.

Estas islas son las de Ni-pon (mansion del sol), como las llama el pueblo que habita en ellas. Parece que los señores de este afortunado archipiélago muéstranse celosos de su felicidad, porque siempre se han rodeado de un misterio impenetrable. Su fisonomía característica, sus instintos nobles y belicosos, sus costumbres y sus hábitos acusan su origen asiático. Este pueblo es indudablemente una antigua colonia de los numerosos corredores de las estepas del Alta Asia. Por otra parte, les disgusta el que se les haga descender de sus vecinos del Celeste Imperio; valientes, impetuosos, susceptibles en puntos de honor, y al mismo tiempo cultos, sencillos y afectuosos, son tártaros, pero *tártaros civilizados* (1).

Situados cerca de la China, que á su vez se oculta en una especie de misterio, los japoneses quizas no hubieran sido conocidos jamas sin una circunstancia verdaderamente singular. Un monarca del reino del Centro, el famoso Tein-Chi-Hoang-Ti, hallaba la vida muy cor-

(1) El P. Charlevoix, *Historia del Japon*, lib. I.; Thumberg, *Viaje al Japon*.

ta para sus hazañas y para su gloria, y deseaba con pasión un brebaje que le hiciera inmortal. Uno de sus médicos le prometió traerle de las islas del mar una planta que tenía esta virtud; pero era tan preciosa y tan delicada que sólo eran dignas de cogerla las manos más puras. Se eligieron en todo el reino trescientos jóvenes de ambos sexos, que debían acompañar al médico; la colonia partió en efecto, pero no volvió más. Llegó al Japon y todavía se ven las ruinas de un templo que los japoneses levantaron en memoria de este extranjero como muestra de reconocimiento por las artes útiles que les enseñó (1).

Sea lo que quiera de esta anécdota, el nuevo país quedó abierto en adelante á los chinos, que la hicieron el honor de designarla con el título de Je-Pen-Koue (el país del sol de Levante), y establecieron relaciones con los vecinos.

Por otra parte, el Japon era un país sin explotar. Todavía se adoraba en él á los *Camis* (los siete planetas), último vestigio del antiguo sabeismo, que arrojado del Asia Continental, parecia haberse refugiado en el Archipiélago del Sol. En el centro de un templo (*miao*), de grosera y venerable construcción, un espejo de metal pulimentado reproducía en su órbita y le

(1) Koempfer, *Historia del Japon*; Charlevoix, *Historia del Japon*, t. II.



iluminaba con sus rayos; la multitud reunida se prosternaba ante la presencia del primero de sus dioses y le ofrecía dones humildes de flores y cintitas.

El habitante del Japon adoraba al astro resplandeciente, no solamente con la veneracion propia de una criatura, si que tambien con el respeto de un hijo: los Camis y el sol son, ante todos, los padres y los primeros emperadores de aquel país, y la tradicion cuenta maravillosas historias de esta dinastia celestial. En el principio de las cosas estaba flotando el caos como flotan los peces en las aguas; de este caos resultó algo análogo á una espina que era susceptible de movimiento y de transformacion. Concluyó por ser aquello una alma ó un espíritu á quien llamaron *Kuni-Toko-Dan-Sii-No-Mikoto* (1).

Él fué el primer rey y de él nació un hijo por generacion divina, sucediéndose así tres camis. Estos no tenian mujeres; despues de ellos vinieron otros cuatro príncipes, hasta llegar á Isanagi, «el cual, por querer engendrar á manera humana,» perdió su alta dignidad de dios; sus hijos tampoco fueron más que semidioses, dioses terrestres (los *Dairis*). El primero de todos se llama el *gran espíritu, que esparce rayos celestiales, Tensio-Dai-Dsin*, y su posteridad reinó 250.000 años. Cuando la llegada de los chinos, gobernaba el imperio Dairi, uno de sus descendientes; era soberano y pontífice augusto, y reunia en su persona patriarcal todos los poderes. Sin-Mu era venerado como hijo de los dioses y padre de la nacion (220 ántes que J. C.).

Los chinos fueron bien recibidos, y en recompensa de su buena acogida, no tardó la China en importar por toda la extension del Japon sus artes y sus creencias. Lao-Tseu hizo mucho ruido en aquellas islas, y por sus doctrinas se atrajo un gran número de discípulos. Es posible que este hecho diga relacion con la emigracion de los Tao-sse, sectarios del Tao (2), quienes, perseguidos en el celeste reino, se vieron obligados

(1) Koempfer, *Hist. del Japon*; Charlevoix, *Hist. del Japon*, t. II.

(2) Doctrina de Lao-Tseu.

á ocultar en el Japon su doctrina espiritualista.

Los japoneses no dejaban por esto de tener las suyas: Kung-Fu-Tseu halló tambien allí partidarios, y uno de sus discípulos, el sabio Gan-Koei, *que á los 18 años tenía ya grande experiencia y sus cabellos blancos como los de un anciano*, importó en aquel territorio, y con buen éxito, la religion y filosofia de los kings.

Establecidas bajo un pié de legalidad estas diversas creencias, vivian en perfecta concordia; lo mismo ha de suceder con el budhismo y con el brahmanismo, quienes á su vez reclamarán los homenajes de los insulares, y los ídolos de la *Trimurti* ocuparán un puesto cerca del que ocupan los predecesores de los chinos y del *Miao* de los camis. Todo esto tiene su explicacion para los japoneses.

Ha habido, dicen ellos, un tiempo, que no recuerda su memoria, durante el cual vivia un sabio poderoso, llamado Kassobosatz, que siendo probablemente una encarnacion de la divinidad protectora, daba sus lecciones á los pueblos y á los reyes; poco tiempo despues, el alma divina de este sabio tomó un cuerpo humano, y vino á revelar nuevamente aquella religiosa doctrina que él propuso á la humanidad. Los doctores de todos los países eran para ellos otros Kassobosatz reencarnados, cuya voz se dirigia á la libre voluntad del hombre, que podia libremente darla asentimiento ó desecharla, conservando su independencia.

La historia casi insignificante de los Dairies sigue á traves de los siglos en una inaccion asombrosa. Sólo al final de los antiguos tiempos se anuncia por terribles catástrofes; el año de la batalla de Accio, bajo el reinado del undécimo Dairi, una lluvia de estrellas vino á sorprender á los japoneses; y en tanto que nuestro Señor Jesucristo espiraba en el Calvario, una horrible hambre desolaba las provincias del Nipon. Verdad es que los tímidos insulares que se arrojaban entónces á los piés de sus falsos dioses, estaban muy ajenos de pensar que en aquellos momentos el Verbo Eterno se sacrificaria por ellos, y que vendria un día en que moririan mártires de su fe por aquel desconocido del Occidente, cuya sangre iba á rescatar al mundo de un extremo á otro.

## CAPITULO X

Asia Meridional.—India.—Paso de Alejandro.—Palibothra.—Tchandra-Gupta.—Los Javanas en la India.—Gran imperio de Tchandra-Gupta.—Expedicion de Seleuco.—Relaciones de la India con los seleucidas.—Decadencia y ruina del imperio de Palibothra.—Supremacia de los partos.—Sujecion de la India.—Invasion de los escitas.—Fundacion de un gran imperio indico: Vieramadyta.

El gran conquistador del Asia habia hecho sentir en la India todo el poder de su brazo; y á pesar de su tenaz resistencia, el valiente purava, Perus, tuvo que sufrir el yugo del vencedor. Pero no era dable á la Macedonia el pasar más adelante, pues tuvo que contentarse con la sumision del Dekhan, y volver á Babilonia con sus ejércitos triunfantes.

En el reino de Palibothra se operaba por entónces una gran revolucion, señal inequívoca de una reaccion. Un jóven indio de humilde condicion, habia ido al campamento de los griegos, y allí adquirió celebridad por su valor y habilidad; el rey le oyó con gusto, complaciéndose en sumo grado en las promesas que hacia de ser fácil la sumision de aquellas comarcas, sobre las cuales pesaba la tiránica dominacion del anciano rey Nanda.

Mas un dia aquel indio dejóse decir algunas palabras bastante atrevidas, y Alejandro dió orden para que le quitasen la vida. El condenado logró fugarse refugiándose en un bosque, y no tardó en reunir allí á todos los bandidos y salteadores del país. Se contaban de él cosas maravillosas, v. gr., la de que un leon le lamia el sudor de sus miembros, y luego se retiró sin turbarle siquiera el sueño. Decíase tambien que procedia de la luna, como los antiguos monarcas de la India, y se llamaba Tchandra-

Gupta (1), nombre que le habia dado la luna. Con la superioridad de las armas, con la ciencia de las estratagemas que habia aprendido entre los macedonios, comenzó como un verdadero *ullav* una guerra de partidarios contra los invasores, y sus continuos ataques no contribuyeron poco para decidirlos á hacer la retirada.

Esto era ya una gloria para el libertador de su patria, pero un oscuro mando no bastaba para el genio ambicioso de Tchandra-Gupta. Las circunstancias le favorecieron, y él se supo aprovechar de ellas grandemente. Nanda acababa de ser víctima de su ministro Sacatara, y la nacion estaba ya cansada de su antigua tiranía. Ugradhanua le habia sucedido y vengado, encerrando al asesino y á toda su familia en un tonel, donde murieron de hambre. Un solo vástago de Sacatara habia podido evadirse del castigo, merced á su astucia; el medio que empleó es un rasgo propio de las costumbres y del carácter nacional.

El rey, para celebrar un *sradha*, ceremonia expiatoria en honor de su padre Vicatara, que ya vuelto á su gracia era el favorito del príncipe, eligió para la solemnidad un brahman de un aspecto repugnante, contando con

(1) Es el Sandra Cottus de los griegos.



que Ugradhama le arrojaría con afrenta y le insultaría. El rey injurió al sacerdote, y éste último salió furioso del palacio, lanzando imprecaciones contra el sacrilego y ofreciendo su corona al primer hombre de valor. Tchandra-Gupta era sacerdote y aceptó; los bandidos y el rey de Nepol le sostuvieron, y gracias á un cuerpo de aventureros javanas, griegos, que abandonando su guarnición para ponerse á sueldo por parte de los príncipes, le ayudaron á conquistar el reino. Vióse pronto en posesión de la antigua soberanía de Palibothra.

Es un hecho muy notable en la historia de la India la presencia y situación de estos javanas, como los llaman los brahmanes, que olvidados por Alejandro y por sus sucesores, conservaron su independencia en medio de una población enemiga. Poniendo su espada y su bravura al servicio de los príncipes del Indostan, se pudieron mantener largo tiempo temidos y respetados en aquellas apartadas regiones, y sus jefes dominaron durante algunos años sobre un cantón que entre sus rajahs ocupó toda una dinastía de soberanos javanas.

Alejandro había muerto en Babilonia, y en sus sangrientas disputas, sus generales no se acordaron más de la conquista de la India. El sátrapa de las provincias de la India pasó, según todas las probabilidades, á ocupar la dignidad de Tchandra-Gupta, y el nuevo monarca se vió pronto al frente de 600.000 hombres (1), con los cuales recorrió las dos penínsulas, obligando á reconocer su dominación aun al hijo del valiente Purava. Estaba muy dispuesto y no temía ataque alguno.

Bien hizo por otra parte en ponerse en guardia; pues pronto supo que Seleuco, conquistador de la Babilonia, marchaba contra la India, y reivindicando los derechos de la victoria, se iba acercando al Ganges. Grande era el terror, y ya las provincias de la ribera occidental del Indo habían quedado sujetas al yugo macedónico; ya Seleuco había pasado el río. Tchandra-Gupta fué á su encuentro, y aquí era ya inminente una batalla.

Mas los asuntos de Occidente se iban com-

(1) Estrabon.

plicando; Antígono llegaba al colmo de su poder; Seleuco prefirió tratar con los indios; Tchandra-Gupta ganó la Gedrosia, toda la ribera del Indo, y suministró quinientos elefantes armados para la guerra. Un matrimonio cimentó esta alianza, y las leyes severas de las castas de la India cedieron ante la alta estima que tenían de los javanas. Seleuco volvió hacia el Occidente, y quizás debiera la famosa jornada de Ipsos, donde se decidió la suerte del Asia, á los elefantes de Tchandra-Gupta.

Seleuco, vencedor y rey de Babilonia, siguió conservando relaciones amistosas con el rajah de la India; se fomentó el comercio del Asia, gracias á la cooperación de los dos monarcas, y Megasthenes se fué á pasar algunos años á la corte de Palibothra. El reinado de Tchandra-Gupta fué uno de los más venturosos que la India recuerda en sus páginas. Este príncipe, recomendable por su equidad, siempre adorado en su larga vida (1), favorecía las exportaciones y las caravanas de la Persia y de Tadmor, así como los navíos del Mar Rojo y las factorías de Alejandría establecían entre Oriente y Occidente activas é importantes operaciones de comercio. Después de él se conservó todavía la buena inteligencia entre las dos naciones, y Seleuco y Antíoco enviaron su embajador á Daimaco á residir cerca de Varisara, y de aquí su sobrenombre Mithra-Gugta (2), se llamaron los griegos Amitrocadas.

Sin embargo, no ocupó por mucho tiempo el trono la familia de Tchandra-Gupta, y la decadencia fué más rápida aún para ella que para los seleucidas sus aliados. Hacia el año 260, un descendiente de Purava, el valiente Jona, se apoderó de Canudje y de todo el reino, y con él comenzó de nuevo en la India la supremacía oriental.

Ardchir ó Arschagh (3) acababa de restablecer á expensas de los hijos de Seleuco, el antiguo imperio del Iran, y los Partos, herederos de las pretensiones de sus mayores, exigieron

(1) Wilford en Marlés, *op. cit.*

(2) Dado por Mitra, es idéntico de *Mithridath*.

(3) La Arsacia de los griegos.



el tributo de elefantes que Jona se vió obligado á pagarles.

Mucho había trabajado la India por su independencia, pero no tuvo otro remedio que seguir la suerte de los dominadores del Asia Central; unas veces por parte del schah de los Partos, otras por Antíoco, es lo cierto que no se vió libre de pagar tributo; hasta el pequeño rey de la Bactriana, el hijo de Eutidemo, Demetrio, se dió el título de monarca de las Indias.

En medio de esta dependencia nacional, las revoluciones de palacio vienen á aumentar sus complicaciones. Calliam-Chund, rey de Canudje, se hizo tan odioso que le arrojaron del trono (170), quedando la supremacía por parte de los griegos de la Bactriana; y de aquí pasó á manos de Pelasch-Mithridath de Partia, el vencedor de Eucratide, y destructor del pequeño reino helénico.

Por entonces tuvo lugar en el Asia Central uno de aquellos grandes cambios que muchas veces han hecho variar los destinos de las naciones. De las comarcas situadas entre el Oxus y el Jaxartes salieron innumerables hordas de bárbaros, tártaros ó escitas (126 ántes de Jesucristo), á quienes las victorias de los chinos arrojaron hacia el Mediodía. En su persecución salió el guerrero emperador Wu-Ti, que llegó hasta el Ganges y sometió la Bengala. Pero el peligro no estaba de parte del imperio del centro, y los chinos se retiraron sin dejar huellas de su paso. Mucho más terribles eran los batallones escitas que preludiaban con la devastación del Iran y de la Partia, sangrientas expe-

diciones. La India no pensó en hacer una resistencia inútil. Para conjurar la tempestad, abandonaron á los invasores todas las provincias septentrionales, y contentos los bárbaros con la Indo-Escitia, dejaron á los indios su peculiar modo de vivir y sus riquezas. Estas poblaciones conquistadoras aislaron casi por completo las penínsulas del resto del Asia, y fué necesario todo el poder creciente de los Arsacidas de la Partia para restablecer la unión de los dos mundos.

Sin embargo de todo esto, aún habían de venir para el Indostan nuevos y venturosos días.

Sobre las ruinas de los antiguos reinos de Ayodhia y de Prathiz-Thona, sobre los restos de todas las demas pequeñas provincias vasallas, había de levantarse todavía un nuevo y majestuoso imperio. Mientras que César ensayaba la monarquía de Roma, un hombre, á quien los indios admiran y respetan, gran legislador, hábil administrador, valiente guerrero y sabio político, reunía en sí todas las virtudes y todas las glorias. Vieramadita, por último, organizaba una vasta dominación, y la India entera regenerada, señalaba por reconcimiento una nueva era en su reinado (56 años ántes de J. C.). En la historia de este país hay motivos para hacer punto aparte, y por esta causa terminamos aquí nuestra relación con los Pandits de Benarés (1).

(1) Véase para esta parte la *Historia de la India* de M. de Morlés y los historiadores citados en la sección del imperio de los seleucidas.